

CAPITULO 17

En algunas oportunidades, comían de las sobras que quedaban en la mesa, y si nada quedaba, pues había que preparar algo distinto.

A escondidas, Alondra frecuentaba el cuarto de las sirvientas y embobada, permanecía horas escuchando sus historias de prodigio. A tanto llegaba su fervor por aquella cultura, que la posibilidad de hablar mapudungun, se había convertido en urgencia.

De madrugada, al día siguiente, huía de su casa y empezaba a vivir en una reducción mapuche cerca de Pitrufquén. Le dolía la actitud del padre autoritario, quien defendía a las empresas forestales de la zona, encargadas de depredar la tierra ancestral del pueblo mapuche. Cuantas veces su progenitor se refería al pueblo mapuche, hablaba con desdén.

En esa época, Alondra conocía y se enamoraba de un profesor francés de antropología, y juntos iniciaban actividades políticas en la región. El Walmapu se alborotaba, crecían las protestas en los rincones donde apenas si se habla español y empezaba a recuperar el espíritu guerrero, adormecido por

décadas.

El romance se interrumpía al cabo de unos meses, al ser el profesor expulsado de Chile por agitador y subversivo y Alondra no se atrevió a seguirlo a Francia. Juzgaba que su presencia debía continuar en la zona, aunque su corazón viajaba lejos.

Había sido su hermana Gertrudis, inválida desde hacía años, quien la persuadió a permanecer en Chile y olvidar aquel romance. “No son huidas buenas y de esperanza. Piensa cuanto me sucedió a mí”.

Sentada en silla mecedora, Gertrudis dirigía sus taciturnos ojos hacia lontananza. Su mirada se extendía ajena al límite de quien sólo aspira a la proximidad. Le apetecía ampliarla más allá del horizonte, para sentir la lejanía, como quien busca un desconocido sendero, el atajo donde vivió una experiencia.

A fines de la primavera, había finalizado su noviazgo con Joaquín y sentía el ramalazo del viento de la desilusión. El hombre, desapareció una tarde de domingo, sin siquiera excusarse, oportunidad donde había prometido visitarla para tomar té. Entonces, se convertía en mortaja de sus sueños, en adiós sin explicación.

Desde el lago Llanquihue, situado en la cercanía de su casa, llegaban brisas de un día asoleado. En silenciosas

bocanadas contagiaban el aire. Cómo la limpidez del cielo sin nubes, hablaba el lenguaje de la quietud.

Próxima a sus manos, en una mesita de mimbre, permanecía un vaso de jugo de naranja; un libro abierto boca abajo, el cual leía desde hacía una semana, y el block de dibujo, pues le seducía pintar.

En la intimidad, aquella novela escrita por una periodista mexicana, la dañaba. Se parecía en exceso a su historia de amor. Lo entendió al llegar a la mitad del libro. “Y ella dedujo que, a partir de esa oportunidad, aunque se negaba a creerlo, el amado nunca pensaba volver. No disponía del coraje dispuesto a encarar la realidad”, leyó. En silencio, alguien se aproximó por detrás, como si quisiera sorprenderla.

Gertrudis reconoció a su madre, debido a la suavidad de sus manos. Se deslizaron por sus desnudos hombros. Cómo le seducía sentir aquellas caricias maternas, bálsamo destinado a mitigar su adversidad. El apoyo de quien a cada instante la socorría.

Se abrazaron para unir la temprana soledad, la ausencia de Joaquín, mientras continuaba el libro abierto; el vaso de jugo a medio llenar; el block, donde había un dibujo sin concluir y persistía la brisa que llegaba del lago.

—Debes olvidar hija a ese hombre. ¿Acaso merece tu

recuerdo? No te acongojes más y piensa en el futuro.

—Lo he intentado mamá, infinidad de ocasiones, pero la presencia de Joaquín, continúa en cada rincón de mi ser. Lloro en las noches tanta desdicha. ¿Cómo ocultar las evidencias? No he tenido ni el valor ni la disposición de olvidarlo. En parte, comprendo la decisión de Joaquín. Nadie está atado a nada, hasta la eternidad. Disculpa mi franqueza mamá, en estas horas de amargura.

—Ahora, debes reposar, hija. ¿Aún lees esa novela que me comentaste? Más tarde almorzamos aquí en la terraza. En la tarde, mi amiga Estefanía ha prometido venir a visitarnos y de seguro, trae chismes a granel. Sé que ella te entretiene.

Como si Gertrudis quisiera jugar con el recuerdo, se meció en la silla. Entre vaivén y vaivén, observaba el paisaje anunciando el verano. Una bandada de patos silvestres cruzó en dirección al lago Llanquihue, a donde gustaba ir a bañarse en compañía de Joaquín. Privilegiaban un lugar solitario, donde el bosque se extiende hasta la ribera y abre espacios a la intimidad.

Aquella intimidad les ayudaba a unir la pasión por la entrega. La presencia de los patos la conmovió, al observar la libertad para desplazarse. ¿Hacia dónde se dirigían? Ahora recordar y balancearse, semejaba cabalgar a “Chitan”, el

corcel de briosa estampa.

En primavera, con motivo de su cumpleaños, Joaquín le regalaba el caballo. Un alazán que, en esa temporada, había corrido en el hipódromo. “Ojalá te sirva de compañía, querida Gertrudis. Así, continuaré prendado de ti más allá del tiempo”, le había susurrado al oído y le acariciaba la melena, cuya negrura hablaba de aquella noche, cuando él la besó por primera vez.

Mecerse, como si fuera juego de niña traviesa, le ayudaba al solaz. A sentir la presencia de Joaquín. En suma, lograr atrapar en sus ojos de novia, su alocada risa. Aquella forma de sugerir el amor, mientras la acariciaba y allegaba a su oreja, palabras encantadas. Aún lo quería pese al desdén, no obstante, la agobiaban las dudas, cuando recordaba el día que desapareció. No hubo siquiera una nota de despedida, llamada de teléfono, para anunciar el fin del noviazgo.

Esa tarde se besaron hasta desfallecer, y en un bosquecillo, no tardaron en probar el almíbar del amor. Después, montados juntos, Gertrudis a la grupa, Joaquín le propinó a “Chitan” palmaditas en el cuello, para animarlo a partir.

¿Cómo olvidar el instante de solaz, mientras la posición del sol invitaba al regocijo? Ella lo alentaba a cabalgar a prisa,

ávida por alcanzar la orilla del lago Llanquihue.

—No vayamos demasiado lejos, amazona. Prometí a tu mamá regresar a casa, antes de la cena.